

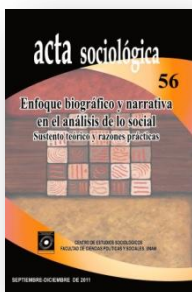
acta sociológica

Pierre Bourdieu

LA ILUSIÓN BIOGRÁFICA

Acta Sociológica, núm. 56, septiembre – diciembre, 2011, pp. 121 - 128

Disponible en: <http://www.revistas.unam.mx/index.php/ras>



Acta Sociológica

ISSN (Versión impresa) 0186-6028

Centro de estudios Sociológicos, FCPyS, UNAM
Edificio "E" 1er piso, C.U. México D. F.

Teléfonos. 56229414 y 56229415

actasociologica@mail.politicas.unam.mx

Publicado en *Historia y Fuente Oral*, núm. 2, Universidad de Barcelona., España, 1989

Permiso otorgado a la *Revista Acta Sociológica* por *Historia y Fuente Oral*, febrero 2011

Publicaciones del Centro de Estudios Sociológicos - FCPyS

http://www.politicas.unam.mx/carreras/ces/rev_actasociologica.php

www.revistas.unam.mx

Universidad Nacional Autónoma de México, Secretaría General, Torre de Rectoría, piso 7, México D.F. Del. Coyoacán, C.P. 04510.
Todos los derechos reservados 2011.

Esta página puede ser reproducida con fines no lucrativos, siempre y cuando no se mutila, se cite la fuente completa y su dirección electrónica.
De otra forma requiere permiso previo por escrito de la institución.

Pierre Bourdieu

La historia de vida es una de las nociones de sentido común que han entrado de contrabando en el discurso académico; al principio fue adoptada sin bombo ni platillo por los etnólogos, y luego, más recientemente, por los sociólogos. Hablar de historia de vida es al menos presuponer, y esto no es superfluo, que la vida es una historia y que como en el título de Maupassant, *Une Vie*, una vida es inseparablemente el conjunto de los acontecimientos de una existencia individual concebida como una historia y el relato de esa historia. Esto es lo que dice el sentido común, es decir, el lenguaje ordinario, que describe la vida como un camino, una ruta, una carrera, con sus encrucijadas (Hércules entre el vicio y la virtud) sus trampas, incluso sus emboscadas (Jules Romains habla de «las emboscadas sucesivas de los concursos y los exámenes»), o como un progreso, es decir, un camino que se hace y que está por hacer, un trayecto, una carrera, un *cursus*, un pasaje, un viaje, un recorrido orientado, un desplazamiento lineal, unidireccional (la «movilidad»), que implica un comienzo (un «principio en la vida»), etapas y un fin, en el doble sentido de término y de meta («él hará su camino» significa que lo conseguirá, que hará una bella carrera), un final de la historia. Es aceptar tácitamente la filosofía de la historia en el sentido de sucesión de acontecimientos históricos, *Geschidüe*, que está implicada en una filosofía de la historia en el sentido de relato histórico, *Historia*, en definitiva; en una teoría del relato, relato de historiador o de novelista, indiscernibles en esa relación, especialmente en la biografía o la autobiografía.

Sin pretender ser exhaustivos, se puede intentar destacar algunos de los presupuestos de esta teoría. En principio el hecho de que

¹ Publicado en *Historia y fuente oral*, núm.2, Universidad de Barcelona., España, 1989.

*Los artículos de la sección *Recopilación temática* se reproducen como se publicaron en su fuente original.

(«da vida» constituye un todo, un conjunto coherente y orientado, que puede y debe ser aprehendido como expresión unitaria de una «intención» subjetiva y objetiva, de un proyecto: la noción sartriana de «proyecto original» no hace más que plantear explícitamente lo que implican los «ya», «desde entonces», «desde su más tierna infancia», etc., de las biografías ordinarias, o en los «siempre» («siempre me ha gustado la música») de las historias de vida. Esa vida organizada como una historia se desarrolla, según un orden cronológico que es también un orden lógico, desde un principio, un origen, en el doble sentido de punto de partida, de comienzo, pero también de principio, de razón de ser, de causa primera, hasta su término que es también una meta. El relato, sea biográfico o autobiográfico, como el del testimonio que se confía a un investigador, propone acontecimientos que, sin desarrollarse todos y siempre en estricta sucesión cronológica (cualquiera que ha recogido historias de vida sabe que los testimonios pierden constantemente el hilo de la sucesión estrictamente cronológica), tienden o pretenden organizarse en secuencias ordenadas según relaciones inteligibles. El sujeto y el objeto de la biografía (el investigador y el testimonio) tienen de algún modo el mismo interés por aceptar el *postulado del sentido de la existencia* contada (e, implícitamente, de toda existencia). Tenemos, sin duda, el derecho de suponer que el relato autobiográfico se inspira siempre, al menos por una parte, en el deseo de dar sentido, dar razón, extraer una lógica a la vez retrospectiva y prospectiva, una consistencia y una constancia, estableciendo relaciones inteligibles, como las del efecto a la causa eficiente o final, entre los estados sucesivos, constituidos de este modo en etapas de un desarrollo necesario. (Y es probable que esta ganancia de coherencia y de necesidad se sitúe en el principio del interés, variable según la posición y la trayectoria, que las investigaciones aportan al proyecto biográfico).² Esta inclinación a hacerse ideólogo de la propia vida seleccionando, en función de una intención global, ciertos acontecimientos significativos y estableciendo entre ellos conexiones adecuadas para darles coherencia, como las que implica su institución en tanto que causas o, más frecuentemente, en tanto que fines, encuentra la complicidad natural del biógrafo al que todo, empezando por sus disposiciones de profesional de la interpretación, lleva a aceptar esta creación artificial de sentido.

Es significativo que el abandono de la estructura de la novela como relato lineal haya coincidido con el cuestionamiento de la visión

² Ver F. Muel-Dreyfus, *Le métier d'Éducateur*, París, Éditions de Minuit, 1983.

de la vida como existencia dotada de sentido, en el doble sentido de significación y dirección. Esta doble ruptura, simbolizada por la novela de Faulkner, *El ruido y la furia*, se expresa con toda claridad en la definición de la vida como anti-historia que propone Shakespeare al final de *Macbeth*: «Es una historia que cuenta un idiota, una historia llena de ruidos y furor, pero vacía de significación». Producir una historia de vida, tratar la vida como una historia, es decir como el relato coherente de una secuencia significativa y orientada de acontecimientos, es quizás sacrificarla a una ilusión retórica, a una representación común de la existencia que toda una tradición literaria no ha dejado ni cesa de reforzar. Por ello es lógico pedir ayuda a aquellos que han tenido que romper con esta tradición en el terreno mismo de su realización ejemplar. Como indica Alain Robbe-Grillet, «el advenimiento de la novela moderna está ligado precisamente a este descubrimiento: lo real es discontinuo, formado por elementos únicos, yuxtapuestos sin razón, y tanto más difíciles de retener por cuanto surgen de modo sin cesar imprevisto, fuera de propósito, aleatorio».³

La invención de un nuevo modo de expresión literaria hace aparecer por el contrario la arbitrariedad de la representación tradicional del discurso novelesco como historia coherente y totalizante y de la filosofía de la existencia que implica esta concepción retórica. Nada obliga a adoptar una filosofía de la existencia que, para algunos de sus iniciadores, es indisoluble de esta revolución retórica,⁴ pero en todo caso, no se puede esquivar la cuestión de los mecanismos sociales que favorecen o autorizan la experiencia ordinaria de la vida como unidad y como totalidad. En efecto ¿Cómo responder sin salir de los límites de la sociología, a la vieja interrogación empirista sobre la existencia de un yo irreductible a la rapsodia de las sensaciones singulares? Sin duda se puede encontrar en el hábito, irreductible a las percepciones pasivas, el principio activo de la unificación de las prácticas y de las representaciones (es decir el equivalente, históricamente constituido, luego históricamente situado, de ese yo del cual, según Kant, se debe postular la existencia para dar cuenta de lo diverso sensible contenido en la intuición y de

³ A. Robbe-Grillet, *Le miroir qui reuint*, París, Éditions de Minuit, 1984, p. 208.

⁴ «Todo esto, es lo real, es decir lo fragmentario, lo huidizo, lo inútil, incluso tan accidental y tan particular que todo acontecimiento aparece a cada instante como gratuito, y toda existencia a fin de cuentas como privada de la más mínima significación unificadora» (A. Robbe-Grillet, *ibid.*).

la ligazón de las representaciones en una conciencia, Pero esta identidad práctica no se libra a la intuición más que en la inagotable serie de sus manifestaciones sucesivas, de modo que la única manera de aprehenderla como tal consiste quizás en retomarla en la unidad de un relato totalizante (como autorizan a hacerlo las diferentes formas, más o menos institucionalizadas, del «hablar de uno mismo», confidencia, etc.).

El mundo social, que tiende a identificar la normalidad con la identidad entendida como fidelidad a sí mismo de un ser responsable, es decir previsible, o al menos inteligible, a la manera de una historia bien construida (por oposición a la historia contada por un idiota), dispone de todo tipo de instituciones de totalización y de unificación del yo. La más evidente es, evidentemente, el nombre propio que, en tanto que «designador rígido», según la expresión de Kripke, (designa el mismo objeto en cualquier universo posible», es decir, concretamente, en estados diferentes del mismo campo social (constancia diacrónica) o en campos diferentes en el mismo momento (unidad sincrónica más allá de la multiplicidad de las posiciones ocupadas).⁵ Y Ziff, que describe el nombre propio como «un punto fijo en un mundo móvil», tiene razón al ver en los «ritos bautismales» el modo necesario de asignar una identidad.⁶ Por este modo tan singular de *nominación* que constituye el nombre propio, se instituye una identidad social constante y duradera que garantiza la identidad biológica del individuo en todos los campos posibles en los que interviene en tanto que agente, es decir, en todas sus historias de vida posibles. El nombre «Marcel Dassault» es, con la individualidad biológica cuya forma socialmente instituida representa, lo que asegura la constancia a través del tiempo y la unidad a través de los espacios sociales de los diferentes agentes sociales que son la manifestación de esta individualidad en los diferentes campos, el jefe de empresa, el jefe de prensa, el diputado, el productor de cine, etc; y no es por azar que la firma, *signum authenticum* que autentifica esta identidad, sea la condición jurídica de las transferencias de un campo a otro, es decir, de un agente a otro, de las propiedades atribuidas al mismo individuo instituido. En tanto que institución, el nombre propio es arrancado al tiempo y al espacio, y a las variaciones según los lugares

⁵ Ver S. Kripke, *La logique des noms propres* (Naming and Necessity), París, Éditions de Minuit, 1982; y también P. Engel, *Identité et référence*, París, Pens, 1985.

⁶.- Ver P. Ziff, *Semantic Analysis*, Ithaca, Cornell University Press, 1960, ps. 102-104.

y momentos: de este modo asegura a los individuos designados, por encima de todos los cambios y todas las fluctuaciones biológicas y sociales, la *constancia nominal*, la identidad en el sentido de identidad consigo mismo, de *constantia sibi*, que requiere el orden social. Y se comprende que en numerosos universos sociales, los deberes más sagrados respecto a uno mismo tomen la forma de deberes respecto al nombre propio (que es siempre, también, por una parte un nombre común, en tanto que apellido de familia, especificado por un nombre). El nombre es el testimonio visible de la identidad del que lo lleva a través de los tiempos y de los espacios sociales, el fundamento de la unidad de sus manifestaciones sucesivas y de la posibilidad socialmente reconocida de totalizar esas manifestaciones en registros oficiales, *curriculum vitae*, *cursus honorum*, registro de antecedentes penales, necrología o biografía que constituyen la vida en su totalidad zanjada por el veredicto dictado sobre un balance provisional o definitivo. «Designador rígido», el nombre es la forma por excelencia de la imposición arbitraria que operan los ritos de institución: la nominación y la clasificación introducen divisiones rígidas, absolutas, indiferentes a las particularidades circunstanciales y a los accidentes individuales, en la confusión y el flujo de las realidades biológicas y sociales. Así se explica que el nombre no pueda describir propiedades ni transmita ninguna información sobre lo que nombra: por el hecho de que lo que designa no es nunca más que una rapsodia compuesta y disparatada de propiedades biológicas y sociales en cambio constante, siendo todas válidas únicamente por un estadio o un espacio. Dicho de otro modo, no puede testimoniar la identidad de la personalidad, como individualidad socialmente constituida, si no es al precio de una formidable abstracción. Es lo que se recuerda en el uso inhabitual que Proust hace del nombre precedido del artículo definido («el Swann de Buckingham Palace», «la Albertina de entonces», «la Albertina encauchutada de los días de lluvia»), giro complejo por el cual se enuncian a la vez la «súbita revelación de un sujeto fraccionado, múltiple», y la permanencia por encima de la pluralidad de los mundos de la identidad socialmente asignada por el nombre propio.⁷

Así, el nombre es el soporte (se estaría tentado de decir la sustancia) de lo que se llama el *estado civil*, es decir, de ese conjunto de las propiedades (nacionalidad, sexo, edad, etc.) asignadas a personas a las cuales la ley civil asocia efectos jurídicos y que *instituyen*, bajo la apariencia de constatarlos, los actos del estado civil. Producto

⁷ E. Nicole, «*Personage et rhétorique du nom*», en *Poétique*, núm. 46, 1981, ps. 200-216.

del rito de institución inaugural que marca el acceso a la existencia social, el nombre es el verdadero objeto de todos los ritos de institución o de nominación sucesivos a través de los cuales se construye la identidad social: esos actos (a menudo públicos y solemnes) de atribución, operados bajo el control y con la garantía del Estado, son también designaciones rígidas, es decir válidas para todos los mundos posibles, que desarrollan una verdadera *descripción oficial* de esta especie de esencia social, trascendente a las fluctuaciones históricas que el orden social instituye a través del nombre; en efecto, reposan todos sobre el postulado de la constancia de lo nominal que presuponen todos los actos de nominación, y también, de modo más general, todos los actos jurídicos que comprometen un porvenir a largo plazo, ya se trate de certificados que hipotecan un porvenir lejano, como los contratos de crédito o de seguros, o de sanciones penales, toda condena presupone la afirmación de la identidad por encima del tiempo de aquel que ha cometido el crimen y del que sufre el castigo.⁸

Todo permite suponer que el relato de vida tiende a aproximarse tanto más al modelo oficial de la presentación oficial de uno mismo, carnet de identidad, estado civil, currículum vitae, biografía oficial, y de la filosofía de la identidad que lo sostiene, que se aproxima más a los interrogatorios oficiales de las investigaciones oficiales –cuyo límite es el interrogatorio judicial o policial–, alejándose tanto de los intercambios íntimos entre familiares como de la lógica de la confianza que transcurre en esos mercados protegidos. Las leyes que rigen la producción de los discursos en la relación entre un hábito y un mercado se aplican a esa forma particular de expresión que es el discurso sobre sí mismo; y el relato de vida variará, tanto en su forma como en su contenido, según la calidad social del mercado en el que será ofrecida –la misma situación de entrevista contribuye inevitablemente a determinar el discurso recogido. Pero el objeto propio de este discurso, es decir, la presentación pública, luego la oficialización, de una representación privada de la propia vida, pública

⁸ La dimensión propiamente biológica de la individualidad –que el estado civil retiene bajo la forma de marca y de la fotografía de identidad– está sometida a variaciones según los tiempos y lugares, es decir los espacios sociales que le dan una base mucho menos segura que la pura definición nominal (sobre las variaciones del hexis corporal según los espacios sociales, se puede leer a S. Maresca, «La representación de la paysannerie, Remarques ethnographiques sur le travail de représentation des dirigeants agricoles», *Actes de la recherche en sciences sociales*, núm. 38, mayo 1981, ps. 3-18).

o privada, implica un aumento de inconvenientes y de censuras específicas (de las cuales las sanciones jurídicas contra la usurpación de identidad o el aporte ilegal de adornos representan el límite). Y todo permite suponer que las leyes de la biografía oficial tenderán a imponerse mucho más allá que las situaciones oficiales, a través de los presupuestos inconscientes de la interrogación (como la necesidad de la cronología y todo lo que resulta inherente a la representación de la vida como historia), a través también de la situación de entrevista que, según la distancia objetiva entre el que interroga y el interrogado, y según la habilidad del primero para «manipular» esta relación, podrá variar después de esta forma suave de interrogatorio oficial que, sin saberlo el sociólogo, es frecuentemente la encuesta sociológica, hasta la confidencia, a través, en definitiva, de la representación más o menos consciente que el entrevistado se hará de la situación de entrevista, en función de su experiencia mediata o inmediata de situaciones equivalentes (entrevista de escritor célebre, o de político, situación de examen, etc) y que orientará todo su esfuerzo de presentación o, mejor, de producción de sí mismo.

El análisis crítico de los procesos sociales mal analizados y mal dominados que están en cuestión, que sin saberlo el investigador y con su complicidad, en la construcción de esta especie de artefacto socialmente irreprochable que es la «historia de vida», y en particular en el privilegio acordado a la sucesión longitudinal de los acontecimientos constitutivos de la vida considerada como historia en relación al espacio social en el que se cumplen, no es por ella misma, su fin. Conduce a construir la noción de trayectoria como la serie de posiciones sucesivamente ocupadas por un mismo agente (o un mismo grupo) en un espacio en devenir y sometido a incesantes transformaciones. Intentar comprender una vida como una serie única y suficiente en sí misma de acontecimientos sucesivos sin otro nexo que la asociación a un «sujeto» cuya constancia no es sin duda más que la de un nombre, es por lo menos tan absurdo como intentar dar razón de trayecto en el metro sin tomar en cuenta la estructura de la red, es decir, la matriz de las relaciones objetivas entre las diferentes estaciones. Los acontecimientos biográficos se definen como otros tantos desplazamientos en el espacio social, es decir, más exactamente, en los diferentes estados sucesivos de la estructura de la distribución de las diferentes clases de capital que están en juego en el campo considerado. El sentido de los movimientos que conducen de una posición a otra (de un puesto profesional a otro, de un editor a otro, de un obispado a otro, etc.) se define, según todas las evidencias, en la relación objetiva entre el sentido y el valor en el momento

considerado de estas posiciones en el seno de un espacio orientado. Es decir, que no se puede comprender una trayectoria (es decir el *envejecimiento social* que a pesar de que lo acompaña inevitablemente, es independiente del envejecimiento biológico) si no es a condición de haber construido previamente los estados sucesivos del campo en el cual se ha desarrollado, es decir, el conjunto de las relaciones objetivas que han unido al agente considerado –al menos en un cierto número de estados pertinentes– al conjunto de los otros agentes comprometidos en el mismo campo y enfrentados al mismo espacio de posibilidades. Esta construcción previa es también la condición de toda evaluación rigurosa de lo que se puede llamar la *superficie social*, como descripción rigurosa de la *personalidad* designada por el nombre, es decir, el conjunto de las posiciones ocupadas simultáneamente en un momento dado del tiempo por una individualidad biológica socialmente instituida actuando como soporte de un conjunto de atributos y de atribuciones propias para permitirle intervenir como agente eficiente en diferentes campos.⁹

La necesidad de este rodeo para la construcción del espacio parece tan evidente desde el momento que es enunciada –¿Quién soñaría en evocar un viaje sin tener una idea del paisaje en el cual transcurre?– que sería difícil comprender que no se haya impuesto de entrada a todos los investigadores si no se supiera que el individuo, la persona, el yo, «el más irremplazable de los seres», como decía Gide, hacia el cual nos lleva irresistiblemente una pulsión narcísica socialmente reforzada, es también la más real, en apariencia, de las realidades, el *ens realissimum*, inmediatamente librado a nuestra intuición fascinada, *intuitus personae*.

⁹ La distinción entre el individuo concreto y el individuo construido, el agente eficiente, se dobla con la distinción entre el agente, eficiente en un campo, y la personalidad, como individualidad biológica socialmente instituida por la nominación y portadora de propiedades y poderes que le aseguran (en ciertos casos) una superficie social, es decir la capacidad de existir como agente en diferentes campos. Lo que hace surgir numerosos problemas normalmente ignorados, especialmente en el tratamiento estadístico: es de este modo que por ejemplo las encuestas sobre las «elites» harán desaparecer la cuestión de la superficie social caracterizando los individuos con posiciones múltiples por una de sus propiedades considerada como dominante o determinante, haciendo entrar al jefe de prensa en la categoría de los jefes, etc. (lo que tendrá entre otros el efecto de eliminar de los campos de producción cultural a todos los productores cuya actividad principal se sitúa en otros campos, dejando escapar así ciertas propiedades del campo).